

# JUAN MESTAS

Nace en La Habana en 1942. Residió en Puerto Rico desde 1960 y, a partir de 1971 se estableció en Estados Unidos. Editor de la revista universitaria *La Escalera* (1967-1974) y de la revista literaria *Guajana* (1967-1969). Ha publicado sus poemas en diversas revistas en y fuera de Puerto Rico.<sup>1</sup> Colaboró con la revista *Prometeo* y con el bisemanario *Claridad*. También cultiva el cuento, como se puede observar por su publicación de “Un joven demasiado hermoso” en la revista *Tláloc* (1971), cuento de exquisita trama y sensual expresión que trae a la memoria “El ahogado más hermoso del mundo”, de Gabriel García Márquez, y se ampara en la frase de Oscar Wilde “hijo del amor y de la muerte”.

## 1

Hablemos de ti, señor,  
conversemos  
como dos amigos viejos,  
tu más que yo, claro,  
pero cada uno  
entre los suyos,  
viejo, viejísimo,  
infinito como tú,  
tocando a las puertas  
de la muerte  
como yo.  
¿Con quién he de compararte  
si eres único,  
si siempre has sido  
y siempre serás,  
si nunca naciste  
y nunca has de morir,  
si las arrugas no poblarán tu cara  
como hoy pueblan la mía,  
sin que la voz se te apague

---

<sup>1</sup> Ver, Mercedes López-Baralt, *Literatura puertorriqueña del siglo XX: Antología*. Rio Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto rico, 2004; p. 1021.

y el corazón se te escurra  
entre las manos?  
Creámonos iguales  
y hablemos de la vida,  
como si viviéramos  
en el mismo vecindario,  
como si despertaras en la mañana  
y vieras el sol y sonrieras y dijeras  
buenos días,  
aunque nadie te viera,  
aunque no hubiera nadie,  
con amor en la mirada,  
como lo hago yo,  
día a día,  
casi todos los días,  
porque hay que descontar los días tristes,  
los días de lágrimas desconcertadas,  
los días como hoy,  
en que una nostalgia de cosas que no existen  
ni existieron nunca  
me aprieta el pecho y la garganta,  
me ahoga el grito que me crece  
desde la ingle hasta el estómago  
y me sube, callado, hasta la boca,  
donde nace en silencio,  
un silencio que conoces  
porque lo escuchas  
porque lo sientes.  
Tú sabes lo que callo,  
lo que ni a mí mismo digo,  
porque sé que la palabra hiere,  
que la palabra verdadera hiere,  
que la palabra que tú sabes y se  
hiere.  
Hablemos, pues, señor,  
tranquilamente.

Imagínate que eres yo  
y sonrío tolerante,  
hablemos de los juegos de los niños,  
del andar de las mujeres,  
de mi desayuno de hoy  
y de mi cena de anoche,  
del libro oscuro que leí aburrido,  
del automóvil que recién compré  
y que aún no entiendo,  
porque el mundo corre más rápido  
que mi modo de atraparlo.  
Hablemos de lo malo que hemos hecho  
tú y yo.

Tú con castigos eternos  
y mundos destruidos  
y terribles naufragios  
y vientres de ballena.

Yo, humilde al fin,  
con miradas evitadas  
y palabras silenciosas  
y vueltas de mi espalda.

Yo arrepentido, tú no.  
Somos iguales, me has dicho,  
mintiéndome.

Yo peco, tú no.

Tú soberbio, yo  
¿cómo serlo, señor, si la muerte  
me espera a la vuelta de la esquina,  
como un bandido,  
pistola en mano,  
labios sonriendo  
y la mirada irónica y cruel?

Hablemos, señor,  
del hombre que amó a un hombre,  
de la mujer que amó a una mujer,  
de tu madre, virgen,

y de la mía ensangrentada.  
Hablemos, señor,  
de tu hijo amable y amado,  
de tu hijo herido y sangrante,  
de tu hijo crucificado.  
El, que te amo más que se amó a sí mismo,  
más que amó a su padre y a su madre y a mí,  
que amó todas las cosas  
vivas, muertas y por vivir.  
El que murió de amor por ti.  
El que murió de amor sin ti.  
Hablemos, señor, de la muerte,  
mi compañera,  
mi amistosa enemiga,  
que viene,  
paso a paso,  
lentamente,  
esta noche,  
mientras duerma.  
O ahora,  
mientras escribo este poema  
para ti, dios amado,  
aunque sé que no me escuchas,  
que no escuchas a nadie,  
ni a mi hermana que cree en ti  
desde los pies hasta el alma,  
ni a mí que no creo  
ni lo que piensas,  
ni lo que dices,  
ni lo que eres  
o dices que eres.  
Te dedico este poema,  
dios que no estás conmigo,  
dios que no me escuchas,  
dios que no me besas,  
dios que no me amas.